

El picador permaneció en la silla. Aquí se vió una cosa horrible. En vez de apearse, el picador, visto que la herida no era mortal, dió de espuelas al caballo y fué á apostarse en otra parte para esperar una segunda embestida; atravesó el caballo la Arena con las tripas fuera del cuerpo, que le tocaban en las piernas y le estorbaban el paso; el toro lo siguió por un momento, y se detuvo. Oyóse en aquel instante un toque de trompeta: era la señal de que los picadores debian retirarse. Se abrió una puerta y fuéronse el uno tras del otro al galope; quedaron dos caballos muertos, y aquí y allá charcos y regueros de sangre, que dos mozos cubrieron de arena.

Despues de los picadores vienen los banderilleros. Para los profanos es la parte del espectáculo, como ménos cruenta, más agradable. Las banderillas son una especie de flechas, largas dos palmos, adornadas de papel pintado, y provistas de una punta metálica dispuesta de modo que una vez clavada en las carnes no se puede sacar, y el toro, agitando y sacudiéndola, sólo consigue clavársela más adentro. El banderillero toma dos de estas flechas, una en cada mano, vá á ponerse derecho quince pasos delante del toro, y alzando los brazos y gritando lo provoca á que le embista. El toro se lanza contra él, y el banderillero corre á su vez hácia el toro; éste baja la cabeza para darle la cornada en el vientre, y aquel le pone las banderillas en el cuello, una de aquí, otra de allí, y con un rapidísimo recorte se salva de la fiera. Si se inclina, si le

falta un pié, si vacila un segundo, es ensartado como una rana. El toro muge, bufar, salta, y se echa en seguimiento de los capeadores con espantoso furor: en un minuto todos han saltado la barrera, el redondel está limpio; la bestia, con los hocicos cubiertos de baba, los ojos sanguinolentos, el cuello bañado en sangre, pisa la tierra, se agita, sacude la barrera, pide venganza, quiere matar, tiene necesidad de estrago. Ninguno osa afrontarla; los espectadores llenan de gritos los aires:

—Adelante! valor! El otro banderillero!

El otro banderillero se adelanta, y pone sus banderillas; luego un tercero; luego el primero nuevamente. Aquel día le pusieron ocho: cuando el pobre animal sintió que le clavaban las últimas, lanzó un mugido largo, penetrante, horrible, y arrancando tras uno de sus enemigos le siguió hasta la barrera, dió un salto, y cayó con él del otro lado. Los diez mil espectadores se pusieron de pié todos á un tiempo, gritando:

—Lo ha matado!

Pero el banderillero estaba en salvo. El toro corrió y recorrió adelante y atrás entre las dos barreras, bajo espesa lluvia de bastonazos y puñadas, hasta que dió con una puerta abierta; penetró de nuevo en el redondel, y se cerró la puerta. Entónces todos los banderilleros y todos los capeadores se lanzaron otra vez hácia él; uno, pasando por detrás, le daba un tironazo de la cola y desaparecía como un rayo; otro, cruzando rapidísimamente, le envolvió la capa alrededor de los cuernos; un tercero llevó su auda-

cia hasta ir á arrancarle con la mano un pequeño lazo de seda que llevaba clavado en las carnes; un cuarto, más temerario que todos, puso una pica en tierra, mientras el toro corria, y dando un salto pasó por encima de él y fué á caer de la otra parte, arrojando la pica entre las piernas del animal estupefacto. Y todo esto lo hacian con rapidez de prestidigitadores y gracia de bailarines, como si retozasen con una oveja. Entretanto la inmensa muchedumbre hacia resonar la Plaza con sus risas, aplausos y gritos de alegría, de asombro y de terror.

Otra vez se oye la trompeta: los banderilleros han concluido; ahora toca al espada; es el momento solemne, la crisis del drama; la multitud se aquieta, las señoras se asoman á los palcos, el Rey se pone en pié. El célebre Frascuelo, teniendo en una mano la espada y la muleta, que es un pedazo de tela encarnada sujeta á un palo, entra en el redondel, se presenta delante del palco real, se quita la gorra, y dedica al Rey, pronunciando una frase poética, el toro que va á matar; luego tira la gorra al aire como diciendo:—Venceré ó moriré,—y seguido del magnífico cortejo de los capeadores, se dirige con paso resuelto hácia el toro. Aquí sigue una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De una parte la fiera con sus cuernos terribles, con su fuerza enorme, con su sed de sangre, embravecida por el dolor, ciega de ira, torva, ensangrentada, espantosa; de otra parte un jóven de veinte ó treinta años, vestido como un bailarín, á pié, solo, sin defensa, con una ligera espada entre las manos. Pero

tiene diez mil miradas sobre sí; el Rey le prepara un regalo; su amante está allá arriba, en un palco, con los ojos puestos donde el cuidado; mil señoras tiemblan por su vida. El toro se detiene, y lo mira; él mira al toro, y le agita por delante el trapo rojo; el toro se tira al trapo, el espada se aparta, el cuerno formidable le roza un costado, toca el paño rojo y golpea en el vacío. Una salva de aplausos estalla entónces en todas las gradas, en todos los palcos, en todas las galerías. Las señoras miran con los gemelos, y exclaman:—No ha palidecido.—Se restablece el silencio, no se oye una voz, no un murmullo. El audaz torero pasa y repasa la muleta sobre los ojos del animal enfurecido, por la cabeza, entre los cuernos, alrededor del cuello; lo obliga á retroceder, avanzar, dar vueltas, saltar; se hace embestir diez veces, y diez veces evita la muerte con un ligero movimiento; tiende la muleta, la recoge bajo los ojos del toro, le toca en el hocico, lo provoca, lo insulta, lo entretiene. De repente se para, se pone en guardia, alza la espada, la apunta. El toro lo mira. Un instante todavía, y se lanzan el uno sobre el otro al mismo tiempo: uno de los dos debe morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo, desde la punta de la espada á la punta de los cuernos; diez mil corazones palpitan de ansiedad y de terror; todos los rostros están inmóviles; no se oye un respiro; la inmensa multitud parece petrificada. Otro instante aún... hé aquí el momento. Embiste el toro, y el hombre adelanta la espada: un solo altísimo grito, seguido de explosion tempestuosa de aplausos,

se oye por todas partes: la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; el toro vacila, y arrojando por la boca una oleada de sangre, cae como herido del rayo. El hombre ha vencido. Entónces sucede un tumulto indescriptible; la multitud parece enloquecida; todos se ponen en pié sacudiendo los brazos y lanzando gritos frenéticos; las señoras mueven los pañuelos, palmotean, agitan los abanicos; suena la música; el espada vencedor se acerca á la barrera y da la vuelta al redondel; á medida que pasa, de las galerías, de los palcos, de los tendidos, los espectadores arrebatados de entusiasmo le tiran puñados de cigarros, carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á las manos; en pocos momentos el afortunado torero tiene las manos llenas de objetos; llama en su ayuda á los capeadores, devuelve los sombreros á sus admiradores, da las gracias, responde cómo puede á los saludos, á los elogios, á los títulos gloriosos que le gritan de mil partes, y llega finalmente bajo el palco del Rey. Entónces todos los ojos se vuelven al Rey. El Rey se lleva la mano al bolsillo, saca una petaca llena de billetes de banco y la tira abajo; el torero la coge en el aire; la multitud prorrumpe en aplausos. Entre tanto la música toca un aire fúnebre al toro: se abre una puerta, entran al galope cuatro magníficas mulas adornadas con penachos, moños y cintas amarillas y encarnadas, y conducidas por unos cuantos chulos que gritan y hacen chasquear los látigos; arrastran uno después de otro los caballos muertos, y luego el toro, que es llevado en se-

guida á un corral inmediato á la Plaza, donde lo espera una turba de chiquillos para teñir el dedo con su sangre; despues de lo cual es desangrado, cortado en trozos y vendido. Así que queda libre la Arena suena la trompeta y el tambor; otro toro se precipita fuera del encierro, asalta á los picadores, raja el vientre á los caballos, ofrece el cuello á las banderillas y recibe la muerte de un espada; y así se presentan en la Plaza, uno despues de otro, sin interrupcion alguna, seis toros.

¡Cuántas sacudidas, cuántos estremecimientos, cuántos accesos de frio en el corazon y de sangre en la cabeza os acometen durante aquel espectáculo! Cuántas palideces de improviso! Pero vosotros, extranjeros, vosotros solamente palideceis: el muchacho que teneis al lado rie; la muchacha que se sienta delante está loca de alegría; la señora que se veis en el palco inmediato dice que nunca se ha divertido tanto. Qué griterío! Qué exclamaciones! Allí para aprender el idioma. Sale el toro y es juzgado por mil voces:

—Qué hermosa cabeza!

—Qué ojos! Este hará sangre...

—Anda, que vales un tesoro!

Le gritan hasta frases de amor. Ha matado un caballo:

—Bueno!

—Mira cuántos chismes le ha sacado del vientre.

Un picador yerra el golpe, ó hiere malamente al toro, ó vacila en afrontarlo; entónces es un diluvio de injurias atroces:

— ¡Holgazan! Embustero! Asesino! Quitate de enmedio! Hazte matar!

Todos se alzan, lo señalan con el dedo, le enseñan los puños, le tiran á la cara las cáscaras de naranja y las colillas de los cigarros, le amenazan con el baston. Cuando el espada mata al toro á la primera, entónces son palabras de enamorados delirantes, gestos de locos:

— Ven aquí, ángel!

— Dios te bendiga, Frascuelo!

Le tiran besos, lo llaman, alargan las manos como para abrazarlo. Qué profusion de epítetos, de requiebros, de proverbios! Cuánto fuego! Cuánta vida!

Pero no he hablado más que de los lances de un toro, y en una corrida entera ocurren mil incidentes. Aquel mismo día, un toro metió la cabeza bajo el vientre de un caballo, levantó caballo y jinete, y llevándolos un momento en triunfo á través del redondel, los derribó en tierra como un saco de trapos. Otro toro mató cuatro caballos en pocos minutos; otro embistió de tan mala manera á un picador, que cayó éste, dió con la cabeza en la barrera, desmayóse y tuvieron que llevárselo. Mas no por esto, ni por una herida grave, ni aún por la muerte de un torero, se interrumpe el espectáculo; el programa lo dice: si muere uno, hay otro dispuesto. El toro no embiste siempre; los hay cobardes, que van al encuentro del picador, se detienen, y despues de un instante de vacilacion, huyen; otros despues de la primera embestida no acometen más; otros, de indole pacífica y benigna, no responden siquiera á las

provocaciones, dejan que se les vaya encima el picador y les clave la pica en el cuello, retroceden, sacuden la cabeza como diciendo:—No quiero,—huyen, y luego se vuelven de repente á mirar con aire átonito al tropel de los capeadores que le siguen, como si quisiera preguntarles:—Qué deseais de mí? Qué os he hecho? Por qué quereis matarme?—Entónces la multitud prorrumpe en imprecaciones contra el toro cobarde, contra el empresario, contra los toreros; y primero alguno de los aficionados del toril, luego los espectadores de la parte del sol, luego los señores de la parte de la sombra, luego las damas, luego todos los espectadores de la plaza, gritan á una:

—Banderillas de fuego!

El grito se dirige al Alcalde. Las banderillas de fuego sirven para enfurecer al toro: son banderillas provistas de un cohete que se enciende en el momento mismo en que la punta penetra en las carnes, y quema la herida ocasionando un dolor atroz, y aturde é irrita al animal hasta el punto de mudarle de cobarde en temerario, de sosegado en furioso. Para poner las banderillas de fuego se necesita el permiso del Alcalde; y si el Alcalde vacila en otorgarlo, todos los espectadores se alzan de pié, y entónces es un golpe de vista magnífico: se ven diez mil pañuelos que ondulan como las banderolas de diez regimientos de lanceros, y forman de los palcos al redondel, todo en derredor, una capa blanca ondulante bajo la cual casi desaparece la multitud. Diez mil voces gritan:

—Fuego! Fuego! Fuego!

El Alcalde cede entonces; pero si se obstina en su negativa, los pañuelos desaparecen, se alzan los puños y los bastones, y vienen las injurias:

- No sca V. tónto!
- No haga V. el oso!
- Las banderillas al Alcalde!
- Fuego al Alcalde!

La agonía del toro es terrible. Alguna vez el torero no mide bien el golpe y la espada penetra hasta el mango, pero fuera del camino del corazón. Entonces el toro se echa á correr la Arena con la espada clavada en las carnes, regando el suelo de sangre, lanzando altísimos mugidos, sacudiéndose y retorciéndose de mil modos para librarse de aquella tortura; y en aquella impetuosa carrera alguna vez la espada salta, alguna vez se clava más adentro y le ocasiona la muerte. A menudo el espada se vé obligado á darle una segunda estocada; no rara vez una tercera y hasta una cuarta: el toro derrama un torrente de sangre; todos los capotes de los lidiadores se tiñen de ella, está manchado el espada, salpicada la barrera; por todas partes chorrea sangre; los espectadores cubren al torero de injurias. Alguna vez el toro, profundamente herido, cae en tierra; pero no muere, y permanece allí inmóvil, con la cabeza levantada, amenazante, como diciendo:—Venid, asesinos, si teneis ánimo para ello.—Entónces la lucha ha concluido; hay que abreviar la agonía; un hombre misterioso salta la barrera, se aproxima á pasos furtivos, vá á apostarse detrás del toro, y escogido el momento, le descarga un golpe de puñal en la ca-

beza que le penetra el cerebro y lo mata repentinamente. Es frecuente que ni este golpe lo acabe; el hombre misterioso debe descargar dos, tres, hasta cuatro: entonces la indignacion del pueblo se desencadena como una tempestad, le llaman verdugo, cobarde, infame, le desean la muerte; si lo tuvieran entre sus manos lo destrozarian como á un perro. Otras veces el toro, herido de muerte, vacila un rato antes de caer, y vacilando se aleja despacio del lugar donde fué herido, para ir á morir en paz en un rincon apartado; todos los toreros lo siguen lentamente, como un cortejo fúnebre, á cierta distancia; la multitud sigue con los ojos todos su movimientos, cuenta sus pasos, mide los progresos de la agonía; un silencio profundo acompaña sus últimos momentos; su muerte tiene algo de majestuosa y de solemne. Hay toros indomables que no quieren inclinar la cabeza sino exhalando el último aliento; toros que derramando arroyos de sangre por la boca amenazan todavía; toros que atravesados de diez estocadas, acuchillados, desangrados, alzan aún el cuello con un movimiento soberbio que hace retroceder á sus perseguidores hasta la mitad del redondel; toros que tienen una agonía más espantosa que su primera furia, que despedazan los caballos muertos, rompen la barrera, pisotean rabiosamente las capas esparcidas por la arena, saltan entre barreras, corren alrededor con la cabeza alta mirando á los espectadores con aire de desafío, caen, se levantan de nuevo y espiran mugiendo.

La agonía de los caballos, ménos larga, es más

dolorosa. A algunos les rompe el toro una pierna, á otros les pasa el pescuezo de parte á parte; otros mata con una cornada en el pecho, de golpe, sin que derramen siquiera una gota de sangre; otros, presa del espanto, echan á correr en línea recta, van á chocar con la cabeza con un tremendo golpe en la barrera, y caen muertos; otros, heridos, ensangrentados, estropeados, galopan todavía con furia desesperada, van al encuentro del toro, caen al suelo, se alzan de nuevó y resisten todavía, hasta que son sacados del redondel, deshechos, pero vivos; y entónces les meten los intestinos en su sitio, se les cose la barriga, y sirven para otra vez; otros, temerosos, al acercarse la fiera tiemblan de pié á cabeza, relinchan, retroceden, no quieren morir. Alguna vez un sólo toro mata cinco; alguna vez, en una corrida, mueren veinte: todos los picadores están manchados de sangre, la Arena sembrada de vísceras humeantes, los toros cansados de matar.

Tambien los toreros tienen sus momentos feos. Los picadores tal vez, en lugar de caer bajo el caballo, caen entre el caballo y el toro; éste se precipita entónces sobre ellos para matarlos; la multitud arroja un grito; pero un lidiador atrevido echa la capa sobre los ojos á la fiera, y arriesgando su vida salva la de su compañero. Frecuentemente, en vez de lanzarse contra la muleta, el toro advertido se lanza contra el espada, lo roza, lo embiste, lo persigue, le obliga á tirar el arma y á salvarse, pálido y temblando, del otro lado de la barrera. Alguna vez le toca con la cabeza y lo derriba; el espada desaparece

ce en una nube de polvo, el público grita:—Lo ha matado!—el toro pasa, el espada está en salvo. Alguna vez lo coge de repente, lo levanta con la cabeza y lo derriba de un lado. A lo mejor el toro no se deja tomar de mira con la espada, el matador no logra cogerlo bien de frente; y como segun los reglamentos no puede herirlo sino en un cierto punto y en un cierto modo, se cansa inútilmente por largo rato, y cansado se confunde, y corre cien veces el peligro de hacerse matar, mientras que la multitud grita, silba y lo insulta; hasta que el pobre hombre desesperado, se resuelve á matar ó á morir, y descarga el golpe salga como salga; y ó le sale bien, y es elevado al cielo, ó yerra, y es vilipendiado, escarnecido, cubierto de cáscaras de naranja, aunque fuese el torero más intrépido, el más valiente, el más famoso de España.

Entre el público ocurren además mil incidentes durante el espectáculo. De cuando en cuando estalla una reyerta entre dos espectadores. Apretada como está la gente, toca algun bastonazo á los vecinos; los vecinos echan mano á los bastones, y sacuden tambien ellos; el círculo de los palos se ensancha, y la riña se extiende por todo el tendido: en pocos momentos sombreros en aire, corbatas en tiras, rostros ensangrentados, gritos que atruenan el cielo, todos los espectadores de pié, los guardias en movimiento, los toreros, de actores que eran, convertidos en espectadores. Otras veces es un grupo de mozalvetes burlones que se vuelven todos juntos de una parte gritando:

—¡Ya está ahí!

—¿Quién?

Nadie; pero en tanto los vecinos se levantan, los que están léjos se suben á sus asientos, las señoras se asoman á los palcos, y en un momento toda la Plaza está en conmocion. Entónces el grupo de los jovenzuelos prorumpe en una sonora carcajada; los de al lado, por no aparecer bobos, hacen eco; se rie en los palcos; se rie en las galerías; diez mil personas rien. Otras veces es un extranjero, espectador por primera vez de las corridas de toros, que se desmaya; la noticia se extiende en un relámpago, todos se levantan, todos miran, se arma un jaleo del diablo, que no tiene nombre. Otras veces es un bromista que saluda á un amigo suyo sentado al extremo opuesto de la Plaza con un porta-voz que hace el efecto de un trueno. Aquella gran muchedumbre se siente agitada en pocos instantes por mil sentimientos opuestos; pasa con movimiento incesante del terror al entusiasmo, del entusiasmo á la compasion, de la compasion á la ira, de la ira á la alegría, al asombro, al júbilo desenfrenado.

En suma: la impresion que deja en el ánimo este espectáculo, no puede describirse; es una mezcla de sentimientos de la cual es imposible deducir nada claro; no se sabe qué pensar de él. Por momentos, horrorizados, querriais huir de la Plaza, y jurais no volver más; por momentos, maravillados, arrebatados, casi ebrios, no quisierais que el espectáculo concluyese nunca; ora os sentís casi presa de un mal; ora tambien vosotros, como vuestros vecinos,

prorumpís en gritos, en risas y en aplausos; la sangre os hiela, pero el valor asombroso del hombre os exalta; el peligro os oprime el corazón, pero el triunfo os lo ensancha; poco á poco la fiebre que agita á la multitud se apodera de vosotros; no os reconoceis ya; sois otros; teneis tambien accesos de ira, de ferocidad, de entusiasmo; os sentís vigorosos y audaces; la lucha enciende vuestra sangre; el centelleo de la espada os estremece; y luego aquellos millares de semblantes, aquel estrépito, aquella música, aquellos mugidos, aquella sangre, aquel silencio profundo, aquellos fragores repentinos, aquella luz, aquellos colores, aquel no sé qué de grande, de fuerte, de cruel, de magnífico, que os deslumbra, os aturde y os altera...

Es hermoso ver salir la gente; son diez torrentes que salen de diez puertas é invaden en pocos minutos el barrio de Salamanca, el Prado, las alamedas de Recoletos, la calle de Alcalá; millares de carruajes esperan en los alrededores de la Plaza; durante una hora, por cualquier parte á donde uno se vuelva, no ve más que un hormiguero que se pierde de vista: las emociones han fatigado á todos; no se oye más que el ruido de los pasos; parece que la multitud quiera disolverse furtivamente; una especie de tristeza ha sustituido á la clamorosa alegría de poco ántes. Yo, por mi parte, la primera vez que salí de aquella Plaza, apenas tenia fuerza para sostenerme en pié; la cabeza me daba vueltas como un aro, las orejas me silbaban; por todas partes veia cuernos de toros, ojos inyectados en sangre, caballos muer-

tos, centelleo de espadas. Tomé el camino más corto para ir á mi casa, y apenas llegado me eché en la cama y me adormecí con un sueño profundo. A la mañana siguiente vino con gran priesa la patrona á preguntarme:

—Y bien, qué le parece á V.? se ha divertido? volverá?... Vamos, qué nos cuenta V.?

—No sé,—respondí,—me parece haber soñado, se lo diré luego, tengo necesidad de pensarlo.

Llegó el sábado, la vispera de la segunda corrida de toros.

—Va V.?— me preguntó la patrona.

—No...—contesté pensando en otra cosa.

Sali, tomé por la calle de Alcalá, me encontré sin advertirlo delante de la casa donde se venden los billetes; habia gran confusion de gente... dije entre mi: Debo ir?... Si?... No?...

—Quiere V. un billete, señorito?—me preguntó un muchacho:—asiento de sombra, tendido número seis, barrera, quince reales.

—Tráelo!—contesté.

Más para comprender bien la naturaleza de este espectáculo, es preciso conocer su historia. Cuándo se haya combatido la primera vez con los toros, no se sabe de cierto: la tradicion cuenta que el Cid Campeador fué el primer caballero que bajó con la lanza á la Arena y mató desde el caballo al terrible animal. De entónces en adelante, los jóvenes nobles se dedicaron con gran ardor á este ejercicio; en todas las fiestas solemnes se corrieron toros, y solamente á la nobleza era permitido el honor de com-

batir; los reyes mismos descendian á la Arena. Durante toda la Edad Media era este el espectáculo favorito de las córtes y el ejercicio predilecto de los guerreros, no sólo entre los españoles, sino tambien entre los árabes; y unos y otros justaban en la Arena contra el toro como en el campo de batalla. Isabel la Católica quiso prohibir las corridas de toros, porque, habiendo visto una, le habia causado horror; pero los muchos y poderosos partidarios del espectáculo la disuadieron de llevar á efecto aquel designio. Despues de Isabel, las corridas tomaron grande incremento. Cárlos V mismo mató con sus propias manos un toro en la Plaza Mayor de Valladolid; Hernando Pizarro, el célebre conquistador del Perú, fué un torero valiente; el rey don Sebastian de Portugal ganó en la Arena más de un laurel; Felipe III hizo hermostear la plaza de Madrid; Felipe IV combatió en ella; Cárlos II protegió el arte; bajo el reinado de Felipe V se construyeron por órden del gobierno varias plazas; pero el honor de torear pertenecia siempre exclusivamente á la nobleza; no se toreaba más que á caballo, y con caballos hermosísimos, y sin embargo no se vertia otra sangre que la del toro. A mitad del siglo pasado fué cuando el arte se extendió al pueblo, y cuando aparecieron los toreros propiamente dichos, artistas de profesion, que combatian á pié y á caballo. El famoso Francisco Romero, de Ronda, perfeccionó el toreo á pié, introdujo el uso de matar al toro frente á frente, con la espada y la muleta, y fijó las reglas del arte. Desde entonces en adelante el espectáculo

vino á ser nacional, y el pueblo acudió á él con entusiasmo. El rey Carlos III lo prohibió, pero su prohibicion no hizo más que convertir el entusiasmo popular, como dice un cronista español, en una afición epidémica. El rey Fernando VII, apasionado por los toros, estableció una escuela de tauromaquia en Sevilla; Isabel II fué más entusiasta que Fernando VII; Amadeo I no lo fué menos, segun se dice, que Isabel II. Y ahora el toreo florece como nunca en España; más de cien son los grandes propietarios que crían toros para las corridas. Madrid, Sevilla, Barcelona, Cadiz, Valencia, Jerez, el Puerto de Santa María, tienen plazas de primer orden; no son ménos de cincuenta las plazas pequeñas capaces de contener desde tres hasta nueve mil espectadores; en todos los pueblos donde no hay Plaza, se hacen las corridas en las públicas; en Madrid todos los domingos, y en las demás ciudades siempre que se puede; por todas partes con inmenso concurso de gente de los lugares vecinos, de las aldeas, de la campiña, de las montañas, de las islas y hasta de fuera del Estado. No todos los españoles, es verdad, tienen pasion por este espectáculo; muchos no asisten nunca; no pocos lo desaprueban, lo condenan, quisieran verlo proscrito de España; algun periodista, de cuando en cuando, alza un grito de protesta; algun diputado, al dia siguiente de la muerte de un torero, habla de dirigir una interpelacion al gobierno; pero son todos enemigos tímidos y endebles. Por el contrario, se escriben apologías de las corridas de toros, se construyen nuevas plazas, se re-

nuevan las antiguas, y se burla de los extranjeros que gritan contra la barbarie española.

Y no solamente se corren toros en el verano, ni es siempre igual el espectáculo. Durante el invierno hay funcion todos los domingos en la Plaza de Madrid. No son aquellos toros hermosos y bravos del estío; no son los grandes artistas á quienes España admira: son torillos de cuerpo y ánimo pequeños; son toreros no experimentados todavía en el arte; pero de todos modos hay espectáculo, y aunque no vaya el Rey ni la flor de la poblacion, como á las corridas del verano, la Plaza está siempre llena de gente. Se derrama poca sangre; no hay más que dos toros de muerte; acaba el espectáculo con fuegos artificiales; es una diversion de criadas y chiquillos, como dicen con desprecio los apasionados. Pero hay un episodio en los espectáculos de invierno que divierte bastante. Cuando los toreros han despachado los toros de muerte, queda el rondel á disposicion de los aficionados; por todas partes salta dentro la gente; en un minuto hay un centenar de obreros, de estudiantes, de mozalvetes; éste con una capa en la mano, aquél con un manton, el otro con un trapo cualquiera, agrupados á derecha é izquierda del toril, prontos á recibir al toro. Se abre la puerta, un toro con los cuernos embolados se lanza á la Arena, y allí comienza una confusion que no se puede describir: la gente lo rodea, lo sigue, lo lleva de aquí para allá, lo capea con los mantones y las capas, lo provoca y atormenta de mil maneras, hasta que el pobre animal,

no pudiendo ya más, es llevado fuera del redondel, y otro lo sustituye. Es increíble la audacia con que aquellos muchachos se le echan debajo, lo sujetan de la cola, saltan por cima de él; increíble la agilidad con que evitan los golpes. Alguna vez el toro, volviéndose de improviso, alcanza alguno, lo derriba, lo echa por el aire, lo eleva en alto sobre los cuernos; de cuando en cuando coge de un solo golpe media docena, y toro y hombres desaparecen en una nube de polvo, y el espectador teme por un instante que haya muerto alguno. Ni por asomo! Los intrépidos capeadores se levantan con los huesos doloridos y la cara empolvada, sacuden las espaldas, y á empezar otra vez. Pero ni áun este es el más gracioso episodio de los espectáculos de invierno. Algunas veces, en lugar de toreros, afrontan al toro las toreras: mujeres vestidas de bailarinas de cuerda; caras delante de las cuales, no ya los ángeles, sino el mismo Lucifer

«Farín dell'ali agli occhi una visiera:»

las picadoras ginetes sobre un asno; la espada (la que yo ví era una vieja sesentona, llamada la Martina, asturiana, conocida en todas las Plazas de España), la espada á pié, con el estoque y la muleta como el más intrépido matador del sexo fuerte; toda la cuadrilla acompañada de un cortejo de chulos con grandes pelucas y jorobas. Por ocho duros arriesgan aquellas desgraciadas la vida. El dia que yo asistí á aquel espectáculo, un toro le rompió un bra-

zo á una banderillera; y á otra le rajó la saya de tal manera, que la dejó en medio del circo apenas con tanta ropa encima como para cubrir aquello que debe estar absolutamente cubierto.

Despues de las mujeres, las fieras. En diversas épocas se dispusieron combates del toro con leones y tigres; y pocos años hace hubo una de estas luchas en la Plaza de Madrid. Es célebre la que ordenó el conde duque de Olivares para festejar los dias, si no me engaña la memoria, de D. Baltasar Cárlos de Austria, príncipe de Asturias. El toro lidió con el leon, con el tigre, con el leopardo, y salió vencedor de los tres. Tambien en la lucha de hace pocos años llevaron la peor parte el tigre y el leon: uno y otro se lanzaron impetuosamente encima del toro; pero antes de que consiguieran hacer presa en el pescuezo, cayeron á tierra en un lago de sangre, ensartados por el terrible cuerno. Sólo el elefante, un elefante enorme que vive todavía en el jardin del Retiro, alcanzó la victoria: el toro le embistió; aquel no hizo más que ponerle la cabeza sobre el lomo y oprimir, y la presion fué tan delicada, que el incauto acometiente quedó aplastado como una torta. Pero es fácil imaginar cuánta destreza, cuánto valor y qué imperturbable tranquilidad de ánimo necesita un hombre para afrontar con la espada un animal que mata al leon, que acomete al elefante, y que por donde quiera que toca raja, despedaza, arruina y ensangrienta. Y hay hombres que lo afrontan todos los dias!

Los toreros no son de ningun modo, como alguien

pudiera suponer, artistas que deban compararse á los saltimbanquis, y por los cuales no tenga el pueblo otro sentimiento que el de la admiracion. El torero es respetado tambien fuera de la Plaza, disfruta de la proteccion de los jóvenes aristocráticos, va al teatro á palco, frecuenta los principales cafés de Madrid, es saludado por la calle con profundas reverencias por personas de rumbo. Los espadas ilustres, como Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, ganan la friolera de algunos miles de duros al año, poseen casas y quintas, habitan en aposentos suntuosos, visten con fausto, consumen montes de escudos en sus trajes plateados y dorados, viajan como príncipes, y fuman cigarros habanos. Su modo de vestir fuera de la Plaza es curiosísimo: un sombrero á la Orsini de veludo negro, una chaquetilla ajustada al cuerpo, desabotonada y que no llega á tocar los pantalones, un chaleco abierto hasta el ombligo, que deja ver una finísima camisa, nada de corbata, una faja de seda encarnada y azul en la cintura, calzones ajustados á la pierna como medias de bailarín, un par de zapatos de piel marroquí pespunteados, una pequeña coleta trenzada que les cae sobre la nuca, y luego botones de oro, cadenas, diamantes, anillos, dijes, toda una tienda de joyero encima. Muchos tienen caballo de silla, alguno carruaje; y cuando no trabajan, andan siempre de paseo por el Prado, ó en la Puerta del Sol, ó en los jardines de Recoletos, con sus esposas ó sus queridas vestidas espléndidamente y amorosamente soberbias. Sus nombres, sus fisonomías, sus modales, son mucho más cono-

cidos del pueblo que los modales, las fisonomías y los nombres de los que mandan el ejército y de los ministros del Estado. Toreros en las comedias, toreros en las canciones, toreros en los cuadros, toreros en los escaparates de las estamperías, estatuas que representan toreros, abanicos con los retratos de los toreros, pañuclos con la efigie de los toreros; se les vé, se les revé y se les entrevé por todas partes. El oficio de torero es el más lucrativo y honorífico á que puede aspirar un valeroso hijo del pueblo. Pero poquísimos llegan á resultar excelentes; los más se quedan en medianos capeadores, algunos llegan á ser banderilleros de valía, ménos aún picadores de nota; buenos espadas no alcanzan á serlo más que pocos predilectos de la naturaleza y de la suerte; es preciso haber venido al mundo con aquella disposicion; se nace espada como se nace poeta. Los muertos por el toro son raros: se cuentan con los dedos durante largo espacio de tiempo; pero los estropeados, los lisiados, los reducidos á estado de no poder lidiar más, son innumerables. Se les vé por las ciudades con el baston y las muletas, quién sin un brazo, quién sin una pierna. El famoso Tato, que fué el primero de los toreros contemporáneos, ha perdido una pierna; en los pocos meses que yo pasé en España fué medio muerto un banderillero en Sevilla, herido gravemente un picador en Madrid, cogido Lagartijo, muertos tres lidiadores aficionados en un pueblo. Casi no hay torero que no haya vertido su sangre en la Arena.

Antes de partir de Madrid quise hablar con el tan celebrado Frascuelo, el principe de los matadores, el ídolo del pueblo madrileño, la gloria del arte. Un genovés, capitan de barco, que lo conocia, se encargó de hacer la presentacion: señalamos el dia; nos encontramos en el Café Imperial de la Puerta del Sol. Me dan ganas de reir cuando pienso en la emocion que experimenté viéndolo aparecer á lo lejos y dirigirse hácia nosotros. Estaba vestido con gran lujo, cubierto de dijes relucientes como un general de gran uniforme. Atravesó el café, mil cabezas se volvieron, y mil ojos se fijaron sobre él, sobre mí, y sobre mi compañero:

—El Sr. Salvador Sanchez,—dijo el capitan.

Y luego presentándome á Frascuelo:

—El señor tal de los tales, su admirador.

El ilustre matador se inclinó, yo hice una cortesía, nos sentamos y comenzamos á hablar. Qué hombre tan extraño! Oyéndole hablar, se diria que no tiene corazon para ensartar una mosca con un alfiler. Es un jóven de veinticinco años, estatura mediana, esbelto, moreno, guapo, con mirada fija y sonrisa de hombre distraido. Le pregunté mil cosas á propósito de su arte y de su vida: hablaba á monosílabos: era preciso que le sacase las palabras de la boca, una por una, á fuerza de preguntas. Respondia á los cumplimientos mirándose la punta de los piés con una mirada modesta. Le pregunté si habia sido alguna vez herido: se tocó una rodilla, un muslo, la espalda, el pecho, y dijo, sonriendo con la sencillez de un niño: